

había costado las dos terceras partes de su fortuna, pues su padre había colocado en el ayuntamiento la mayor parte de su capital; después, á raíz de haber vendido su casa de la calle de Saboya, se había visto obligado á recibir su precio en papel, y entonces se le metió en la cabeza fundar un periódico, *El Centinela*, por el cual tuvo que huir cuando llevaba seis meses de existencia. En aquel momento fundaba todas sus esperanzas en el éxito de una ópera cómica titulada *Los Peruanos*. Esta última declaración me hizo temblar. Convertido en autor, habiendo gastado parte de su fortuna con *El Centinela*, y viviendo sin duda en el teatro, en relación con los cantantes del Feydeau, con los músicos y la extravagante gente que se oculta tras el telón de la escena, Mongenod no me pareció ya el mismo Mongenod. Sentí un gran estremecimiento. Pero ¿cómo recobrar mis cien luises? Veía los dos paquetes en los sendos bolsillos de su pantalón como si fuesen dos cañones de pistola. Mongenod partió. Cuando me encontré solo, sin el espectáculo de aquella terrible y cruel miseria, me puse á reflexionar á pesar mío con frialdad, diciéndome: «Sin duda Mongenod se ha depravado y ha venido aquí á desempeñar alguna comedia». Su alegría cuando vió que le daba buenamente una suma tan enorme, me pareció entonces la alegría de los criados de teatro cuando logran engañar á algún gerente. Acabé por donde debía haber empezado, y me prometí tomar algunos informes sobre mi amigo Mongenod, que me había dejado escrita su dirección en el dorso de un naipe. Por una especie de delicadeza no quise ir á verle al día siguiente, pues hubiera podido comprender la desconfianza con mi prontitud. Dos días después, algunos quehaceres me retuvieron por completo, y sólo pasados quince días, viendo que Mongenod no venía, me decidí á ir una mañana de la Croix-Rouge, donde yo vivía á la sazón, á la calle de los Moines, donde él vivía. Mongenod habitaba en una

casa de huéspedes del último orden, pero cuya patrona era una muy honrada mujer, viuda de un administrador general muerto en el patíbulo, y que, completamente arruinada, empezaba con algunos luises el dudoso oficio de patrona. Tuvo después siete casas en el barrio Saint-Roch, é hizo fortuna.—El ciudadano Mongenod no está, pero hay gente arriba, me dijo aquella mujer. Estas últimas palabras excitaron mi curiosidad y subí á un quinto piso, cuya puerta me fué abierta por una joven encantadora... ¡Oh! una joven de rara hermosura, que, con aire bastante azorado, permaneció en el umbral de la puerta entreabierta.—Soy Alain, el amigo de Mongenod, le dije. Al oír estas palabras me abrió la puerta y entré en un espantoso zaquizamí, que aquella joven mantenía, no obstante, bastante limpio. Me puso una silla delante de una chimenea llena de ceniza y sin fuego, y me invitó á que me sentase. Se helaba uno allí.—Caballero, me considero muy feliz, me dijo la joven cogiéndome las manos y estrechándomelas afectuosamente, pudiendo demostrar á usted mi agradecimiento, pues es usted nuestro salvador. Sin usted, acaso no hubiese vuelto á ver nunca á Mongenod... ¡Qué sé yo!... acaso se hubiera arrojado al río. Cuando fué á ver á usted estaba desesperado... Examinando á aquella joven, quedé bastante asombrado al ver que cubría su cabeza un pañuelo, bajo el cual, detrás de la cabeza y á lo largo de las sienes, se veía una sombra negra; pero, á fuerza de mirarla, observé que tenía la cabeza afeitada.—¿Está usted enferma? le pregunté observando aquella singularidad. Ella dirigió una ojeada á un mal espejo, se ruborizó y abundantes lágrimas brotaron de sus ojos.—Sí, caballero, me respondió en seguida. Sufría horribles dolores de cabeza y me ví obligada á cortarme los hermosos cabellos, que me llegaban hasta los talones.—¿Es á la señora de Mongenod á quien tengo el honor de hablar?—Sí, caballero, me contestó diri-

giéndome una mirada verdaderamente celestial. Me despedí de aquella pobre mujer, y bajé con intención de hacer hablar á la patrona, pero había salido. Me parecía que aquella joven había tenido que vender sus cabellos para comprar pan. Me encaminé acto continuo á un almacén de leña y envié media carretada á casa de mi amigo, rogando al carretero y á los cerradores que entregasen á la dueña una factura pagada y á nombre del ciudadano Mongenod. Aquí acaba el período de lo que yo llamé *mi* estupidez, dijo el honrado Alain juntando las manos y levantándolas con aire de arrepentimiento.

Godofredo no pudo menos de sonreír; pero estaba, como se va á ver, en gran error al sonreírse.

—Dos días después, repuso Alain, encontré á una de esas personas que no son ni amigos ni indiferentes, y con los que nos vemos de vez en cuando, lo que se llama, en una palabra, un *conocido*, un tal Barilland, que, por casualidad y con motivo de *Los Peruanos*, me dijo que conocía al autor. — ¡Cómo! ¿conoces al ciudadano Mongenod? le pregunté yo. En aquella época estábamos obligados todos á tutearnos, dijo el anciano á Godofredo á modo de paréntesis. Ese ciudadano me interesa, le dije. — Preferiría no haberlo conocido, porque me ha pedido prestado muchas veces dinero, y me muestra bastante amistad para no devolvérmelo nunca. Es un raro ese muchacho; un buen chico, pero muchas ilusiones... ¡Oh! una imaginación de fuego. Si he de hacerle justicia, diré que no trata de engañar á nadie; pero ocurre que, como se engaña él á sí mismo en todo, llega á portarse como hombre de mala fe. — Pero ¿qué te debe? — ¡Bah! algunos cientos de escudos. Es un mano rota. Nadie, yo creo que ni él mismo, sabe dónde mete el dinero. — ¿Tiene recursos? — Sí, me dijo Barilland riendo. En este momento habla de comprar tierras en los Estados Unidos. — Recogí aquella gota de vinagre que la maledicencia había arrojado en mi corazón,

y que hizo que se agriasen todas mis buenas disposiciones. Acto continuo fui á ver á mi antiguo principal, que me servía de consejero. Tan pronto como le hube confiado el secreto de mi préstamo á Mongenod y la manera como éste se había presentado, exclamó: — ¡Cómo obrar tan á la ligera uno de mis antiguos pasantes! Si hubiera usted aplazado el préstamo y hubiera venido á verme, habría sabido que despedí á Mongenod de mi casa. Hace ya más de un año que me debe más de cien escudos en plata, una suma enorme. Y tres días antes de ir á almorzar con usted, me encontró en la calle y me pintó su miseria de un modo tan doloroso, que le dí dos luises. — Si me veo burlado por un hábil comediante, tanto peor para él. Pero ¿qué hacer? le dije. — Por lo menos procure usted obtener de él algún documento, pues por malo que sea hoy un deudor, puede llegar á ser bueno mañana, y entonces se cobra. — Acto continuo, Bordín sacó de una carpeta un sobre, en el cual ví escrito el nombre de Mongenod, y me enseñó tres recibos de á cien francos cada uno. — El primer día que venga le haré unir á esto los dos luises que le dí, los intereses vencidos y lo que me pida, obligándole á firmar un recibo de todo y una declaración de que los intereses corren desde el día del préstamo. Al menos así tiene uno medios de hacer que algún día le paguen, si esto es posible. — Pues bien, dije yo á Bordín, ¿tendría usted inconveniente en arreglarme este asunto como ha arreglado usted el suyo? Usted es un hombre honrado, y lo que usted haga bien hecho está. — Ninguno, me respondió el exprocurador. Cuando un hombre se porta como usted lo ha hecho, se expone á que cualquiera se burle de él. Yo no quiero que nadie se burle de mí. ¡Burlarse de un antiguo procurador del Chatelet!... ¡en seguida! El hombre á quien se presta una suma en la forma en que usted se la prestó á Mongenod, al cabo de algún tiempo acaba por creerla suya. El dinero de usted pasa á ser suyo, y la presencia de

usted llega á incomodarle. El deudor procura desembarazarse del acreedor arreglándose con su conciencia, y de cien hombres, setenta y cinco procurarán no volver á verlo en los días de su vida.—¿De modo que sólo reconoce usted un veinticinco por ciento de hombres honrados?—¿He dicho eso? me respondió sonriéndose con malicia, pues aun he dicho mucho... Quince días después recibí una carta en la que Bordín me rogaba que pasase á su casa para recoger mi recibo, y me apresuré á ir.—He tratado de ver si podía rescatarle á usted cincuenta luises, me dijo (yo le había confiado la conversación que había tenido con Mongenod), pero los pájaros han volado. Dígale usted adiós á su dinero. Sus canarios han volado á los países cálidos. Tenemos que habérnoslas con un gran camastrón. Me dijo que su mujer y su suegro se habían marchado á los Estados Unidos, llevándose sesenta luises de los de usted para comprar allí tierras, y que contaba ir á unirseles con objeto de hacer fortuna y de poder volver á pagar sus deudas, cuyo estado, completamente en regla, me ha confiado, rogándome que no perdiese de vista á sus acreedores. He aquí ese estado circunstanciado, me dijo Bordín presentándome una nota cuyo total leí. ¡Diez y siete mil francos! me dijo el exprocurador. Una suma con la que se podría comprar una casa que diese dos mil escudos de renta. Y después de haber hablado de este modo, me entregó una letra de cambio por valor de cien luises, acompañada de un documento por el cual Mongenod me reconocía asimismo los intereses.—Bueno, ya estamos listos, le dije yo á Bordín.—No le negará á usted la deuda, me respondió mi antiguo principal; pero al que no tiene, el rey, ó mejor dicho, el Directorio, lo hace libre... Dichas estas palabras, salí. Creyendo que había sido robado por un medio que no castiga la ley, retiré mi estimación á Mongenod y me resigné muy filosóficamente. Si recalco tanto estos detalles tan vulgares y en apariencia tan

ligeros, no es mi razón, dijo el anciano Alain mirando á Godofredo; procuro explicarle á usted la manera cómo llegué á obrar como obran la mayor parte de los hombres, ó sea al azar y despreciando las reglas que hasta los salvajes observan en las cosas más insignificantes. Mucha gente habría que procuraría justificarse apoyándose en un hombre grave como Bordín; pero hoy no encuentro excusa posible para mí. Cuando se trata de condenar á uno de nuestros semejantes negándoles para siempre nuestra estimación, sólo puede uno atenerse á sí mismo, ¡y aun así!... ¿Debemos nosotros hacer de nuestro corazón un tribunal, ante el cual podamos citar á nuestro prójimo? ¿Dónde estaría, pues, la ley? ¿Cuál sería nuestro medio de apreciación? ¿Conque lo que en nosotros es debilidad no sería fuerza en el vecino? Existen tantos seres y son tantas las diferentes circunstancias de cada hecho, que no hay dos accidentes semejantes en la humanidad. La sociedad es la única que tiene derecho de reprensión sobre sus miembros, pues el de castigo se lo disputo. Basta con la reprensión, y aun ésta lleva consigo bastantes crueldades. Escuchando, pues, los dichos de un parisiense y admirando el juicio de un antiguo principal, condené al fin á Mongenod, repuso Alain continuando su historia, después de haber sacado de ella esta sublime euseñanza. Se anunciaron *Los Peruanos*. Esperé recibir de Mongenod entradas para la primera representación: yo me concedía una especie de superioridad sobre él. Considerando el préstamo, mi amigo me parecía una especie de vasallo que, además de los intereses de mi dinero, me debía una multitud de cosas. ¡Todos obramos así! Mongenod, no sólo no me envió entradas, sino que, habiéndole visto yo un día en el pasaje obscuro hecho en el teatro de Feydeau bien vestido, casi elegante, fingió que no me había visto, y cuando pasó delante de mí, cuando me vió correr detrás de él, mi deudor se escapó tomando un pasaje transversal. Esta

circunstancia me irritó mucho, y mi irritación, lejos de ser pasajera, aumentó por días. He aquí cómo: Algunos días después de este encuentro, escribí á Mongenod poco más ó menos en estos términos: «Amigo mío: No debe usted crearme indiferente á todo lo que pueda ocurrirle de feliz ó desgraciado. ¿Han dado *Los Peruanos* el resultado que usted se esperaba? Me olvidó usted para la primera representación, cuando hubiera tenido tanto gusto en aplaudirle. Estaba usted en su derecho. De todos modos, deseo mucho que encuentre usted un Perú, pues yo he encontrado el medio de emplear mi dinero, y cuento con que me satisfará usted el importe de su deuda. Su amigo, ALAIN.» Después de haber permanecido quince días sin recibir respuesta, me fui á la calle de los Moineaux. La posadera me comunicó que la mujer se había marchado con su padre en la época en que Mongenod había anunciado aquella marcha á Bordín. Mongenod salía de su buhardilla muy de mañana y no volvía hasta muy entrada la noche. Pasaron quince días más, y por fin le escribí una nueva carta concebida de esta suerte: «Mi querido Mongenod: No le veo á usted por ninguna parte y veo que tampoco contesta usted á mis cartas; no concibo su conducta. Si yo me portase así con usted, ¿qué pensaría de mí?» En lugar de poner vuestro amigo, puse: mil afectos. Pasó un mes más sin tener noticia alguna de Mongenod. *Los Peruanos* no habían tenido el éxito que su autor esperaba. Fui, pagando, á ver la vigésima representación y ví que había muy poca gente. Sin embargo, la señora Sción estaba muy hermosa. Me dijeron en el salón de descanso que la pieza obtendría aún algunas representaciones. En días diferentes fui siete veces á casa de Mongenod, no lo encontré nunca, si bien todas ellas dejé una tarjeta á la patrona. Desesperado ya, le escribí lo siguiente: «Caballero: Si no quiere usted perder mi estimación después de haber perdido mi amistad, espero que me tratará usted ahora cual

si fuese un desconocido, es decir, con educación, y espero también que me dirá si está usted ó no en disposición de satisfacer su deuda. Obraré según sea su respuesta. Vuestro servidor, ALAIN.» Ninguna respuesta tampoco. Estábamos entonces en 1799, y, dos meses arriba ó abajo, había transcurrido ya un año. Al vencimiento de la letra me fui á ver á Bordín, y éste se encargó de hacer la protesta y demás trámites. Los desastres sufridos por los ejércitos franceses habían hecho sufrir á los fondos públicos tan gran depreciación, que por siete francos se podían adquirir cinco francos de renta. Todas las mañanas, mientras tomaba el café y leía el periódico, me decía: «¡Maldito Mongenod! ¡si no fuera por él, tendría mil escudos de renta!» Mongenod había pasado á ser mi sombra negra, y en casa y en la calle tronaba á todas horas contra él. Bordín le tiene cogido y ya sabrá reventarle, me decía yo. Mi odio se desahogaba con imprecaciones y con maldiciones dirigidas á aquel hombre que parecía tener todos los vicios. ¡Ah! ¡qué razón tenía el señor Barilland en lo que decía! pensaba yo á veces. Por fin, una mañana veo entrar á mi deudor tan fresco como si no me debiera un céntimo. Al verle experimenté toda la vergüenza que creía yo debía experimentar él. Parecía un criminal sorprendido en flagrante delito. Sin saber por qué me hallaba molesto. El 13 de brumario había pasado, todo iba bien y los fondos subían. Bonaparte había partido á librar la batalla de Marengo.—Caballero, es muy triste que sólo deba su visita á las instancias del alguacil, dije recibiendo de pie á Mongenod. Este tomó una silla y se sentó.—Vengo á decirte que no estoy en disposición de pagarte la deuda, me respondió.—Usted me ha hecho perder una buena ocasión de colocar mi dinero antes de la llegada del Primer Cónsul, momento en que hubiera podido llegar á hacer una pequeña fortuna.—Ya lo sé, Alain, ya lo sé, me dijo. Pero ¿qué ganas persiguiéndome judicialmente

y haciéndome gastar en costas? He recibido noticias de mi suegro y de mi mujer, y me envían la nota de las cosas necesarias para su establecimiento. Con este motivo he tenido que emplear todos mis recursos en estas adquisiciones. Ahora, sin que nadie pueda impedírmelo, voy á marchar en un navío holandés á Flessingue, donde he establecido todos mis negocios. Bonaparte ha ganado la batalla de Marengo, la paz va á firmarse, y yo puedo sin temor unirme á mi familia, pues mi pobre mujer ha partido encinta.—¿De modo que me ha inmolado usted á sus intereses? le pregunté.—Sí, me respondió. Yo creí que era usted amigo mío. Me pareció tan sublime el acento con que pronunció estas palabras, que en aquel momento me sentí inferior á Mongenod.—¿No se lo dije á usted? repuso. ¿No fui franco con usted allí, en aquel mismo sitio? Me dirigí á usted, Alain, como á la única persona de quien creía ser apreciado. Cincuenta luises, le dije, estarían perdidos, pero cien podría aún devolvérselos á usted. No le señalé plazo ninguno porque, ¿puedo yo saber cuándo acabaré mi lucha con la miseria? Usted era mi último amigo; todos los demás, hasta nuestro antiguo principal Bordín, me despreciaban porque les pedía dinero. ¡Oh! ¡usted no sabe, Alain, la cruel sensación que experimenta un corazón honrado cuando es presa de la desgracia y cuando va á casa de alguien á pedirle socorros!... ¡y lo que viene detrás! ¡Ojalá que no lo conozca usted nunca, porque es mil veces más espantoso que las angustias de la muerte! Me ha escrito usted cartas que, si hubiese usted estado en mi lugar, le hubiesen parecido odiosas. Esperaba usted de mí cosas que no podía yo hacer. Usted es el único con quien quiero justificarme. A pesar de sus rigores, y aunque de amigo se tornó usted en acreedor el día en que Bordín me pidió el recibo de parte suya, desmintiendo de ese modo el sublime contrato que habíamos hecho allí estrechándonos las manos y derramando lágrimas, pues bien,

á pesar de todo esto, repito, no me olvidé de aquella mañana y vengo á decirle á usted: «No acuse á la desgracia, porque no la conoce». No he tenido ni una hora ni un segundo para escribirle y responder á sus cartas. ¿Quería usted acaso que viniese á halagarle?... Pedir eso sería tanto como pedir á la liebre, cansada por los perros y los cazadores, que descansase en un claro del bosque y que paciese la yerba. No he dirigido á usted ninguna carta, porque no me bastaba el tiempo para llenar las exigencias de aquellos de quienes dependía mi suerte. Novicio en el teatro, he sido víctima de los músicos, de los actores, de los cantantes y de la orquesta. Para poder marcharme y comprar lo que mi familia necesita allá abajo, he vendido *Los Peruanos* al director, con dos piezas más que tenía en cartera. Parto para Holanda sin un céntimo; comeré pan por el camino hasta que llegue á Flessingue. Mi viaje está pagado, y esto es todo. Sin la piedad de mi patrona, que confía en mí, me hubiera visto obligado á partir á pie con mi hato al hombro. A pesar de sus dudas sobre mí, como que sin usted no hubiera podido enviar á mi suegro y á mi mujer á New-York, mi agradecimiento es el mismo. No, señor Alain, no olvidaré nunca que los cien luises que usted me prestó le producirían hoy mil quinientos francos de renta.— Le creo á usted, Mongenod, le dije casi convencido por el acento que había empleado al pronunciar estas palabras.—¡Ah! ya no me dices señor, dijo con viveza mirándome con aire enterneado. ¡Dios mío! dejaría Francia con menos pesar si dejase en ella un hombre á cuyos ojos no fuese ni un medio bribón, ni un disipador, ni un hombre lleno de ilusiones. En medio de mi miseria he amado á un ángel, y un hombre que sabe amar, Alain, no es del todo despreciable... Al oír estas palabras le tendí mi mano, que él se apresuró á estrechar.—¡Que el cielo te proteja! le dije.— ¿Seguimos siendo amigos? me preguntó.—Sí, le respondí. Que no se diga que mi compañero de la infan-

cia y el amigo de mi juventud se ha marchado de Francia bajo el peso de mi cólera. Mongenod me abrazó llorando y se precipitó hacia la puerta. Cuando algunos días después me encontré á Bordín, le conté mi última entrevista y me dijo sonriéndose:—Me alegraré que no haya sido eso una nueva escena de comedia... ¿Le pidió á usted algo?—No, le respondí.—Antes de marcharse vino á mi casa á pedirme con qué comer por el camino. En fin, ¡vivir para ver! Esta observación de Bordín me hizo temer que sin duda había cedido estúpidamente á algún nuevo arranque de sensibilidad. «Pero él también ha hecho como yo», me dije. Creo inútil explicarle á usted la manera como perdí toda mi fortuna, á excepción de aquellos otros cien luisés, que coloqué en papel del Estado cuando estaba tan alto que apenas me dieron quinientos francos de renta, que era con lo único con que contaba á la edad de treinta y cuatro años. Por influencia de Bordín obtuve un empleo de ochocientos francos en la sucursal del Monte de piedad, situada en la calle de los Petits-Augustins. Entonces viví muy modestamente. Habitaba en la calle de los Marais, en un tercer piso compuesto de dos piezas y un gabinete, que me costaba doscientos francos anuales. Iba á comer á un figón por cuarenta francos al mes. Por la noche hacía copias, pues, como soy pobre y feo, tuve que renunciar á casarme.

Al oír aquella sentencia que el pobre Alain daba de sí mismo con adorable resignación, Godofredo hizo un movimiento que expresó, mejor que lo hubieran hecho sus palabras, la semejanza de sus destinos, y el cuitado, respondiendo á este elocuente gesto, pareció que esperaba alguna pregunta de su auditor.

—Y ¿no ha sido usted nunca amado? preguntó Godofredo.

—¡Nunca! contestó Alain, excepto por la señora, que nos paga á todos con el mismo amor que nosotros sentimos por ella, un amor que se puede llamar

divino. Usted ha podido convencerse de ello: vivimos de su vida, como ella vive de la nuestra, y tenemos un alma común á todos; y aunque nuestros goces no son físicos, no por eso carecen de animación, pues sólo existimos para el corazón... ¿Qué quiere usted, hijo mío? repuso, cuando las mujeres están en estado de apreciar las cualidades morales, han acabado ya con su belleza, están viejas... Créame usted que yo he sufrido mucho en esta vida.

—Lo comprendo..., dijo Godofredo.

—Bajo el Imperio las rentas no se pagaban puntualmente, y era preciso prever las suspensiones de pagos, repuso el buen hombre bajando la cabeza. De 1802 á 1814, no pasó semana en que no echara la culpa de mis desgracias á Mongenod. Sin Mongenod hubiera podido casarme, me decía; sin él no hubiera tenido que sufrir tantas privaciones. Pero á veces también me decía: «El desgraciado acaso siga viéndose perseguido por la mala suerte en aquellos países». En 1806, un día en que ya se me iba haciendo insoportable la existencia, le escribí una larga carta por Holanda. No tuve respuesta, y esperé durante tres meses, fundando en esta respuesta esperanzas siempre frustradas. Por fin, me resigné á mi vida. A mis quinientos francos de renta y á mis mil doscientos del Monte de piedad, pues había ascendido, uní una teneduría de libros que obtuve en casa del señor Biroteau, perfumista, que me valió quinientos francos. De este modo, no sólo podía vivir con decoro, sino que aun ahorraba ochocientos francos anuales. Al principio de 1814, coloqué nueve mil francos de economías en papel del Estado, que estaba al cuarenta, y obtuve de este modo mil seiscientos francos de renta para los últimos años de mi vida. Tenía, pues, mil quinientos francos en el monte de piedad, quinientos por llevar los libros, mil seiscientos en papel del Estado, total, tres mil seiscientos francos. Tomé un piso en la calle del Sena y viví entonces un poco mejor. El cargo que

desempeñaba me ponía en relación con muchos desgraciados. Hacía doce años que conocía la miseria pública mejor de lo que podía conocerla nadie. Una ó dos veces socorrí á algunos desgraciados. Al ver que de los diez á quienes había socorrido había una ó dos familias que habían salido de sus apuros, sentí un vivo placer. Se me ocurrió la idea de que las obras de beneficencia y de caridad no deben consistir en dar dinero sin ton ni son á los que sufren. Hacer obras de caridad, en la forma vulgar y ordinaria en que suelen hacerse, me pareció que equivalía á favorecer el crimen. Me puse á estudiar esta cuestión. Tenía entonces cincuenta años y mi vida estaba acabada. ¿Para qué sirvo yo? me pregunté. ¿A quién he de dejar mi fortuna? Cuando yo haya amueblado ricamente mi habitación, cuando tenga una buena cocinera, cuando mi existencia esté asegurada, ¿en qué voy á emplear el tiempo? Once años de revolución y quince de miseria habían devorado el tiempo más precioso de mi vida, lo habían gastado en un trabajo estéril, ó mejor dicho, lo había empleado únicamente en la conservación de mi individuo. A esa edad nadie puede salir de ese destino obscuro y comprimido por la necesidad, ni lanzarse en busca de un porvenir brillante; pero se puede ser siempre útil. Comprendí, en fin, que una vigilancia pródiga en consejos centuplicaba el valor del dinero dado, pues los desgraciados tienen sobre todo necesidad de guía, haciéndoles aprovecharse del trabajo que ellos tienen que hacer para otros, substituyen al especulador y obtienen la parte que habían de darle. Habiendo obtenido magníficos resultados en varias ocasiones, me sentí orgulloso de mí mismo. Vi á la vez en aquello una obra buena y una ocupación, aparte de los infinitos goces que proporciona el placer de desempeñar en pequeño el papel de Providencia.

—Y ¿lo desempeña usted ahora en grande? preguntó vivamente Godofredo.

—¡Oh! ¿quiere usted saberlo todo? Nones, dijo el anciano haciendo una pausa. ¿Querría usted creerlo?... La escasez de medios que mi pequeña fortuna ponía á mi disposición, me hacía recordar á veces á Mongenod. Sin Mongenod hubiera podido hacer mucho más, me decía. Si un pillo no me hubiese quitado mil quinientos francos de renta, pensé muchas veces, podría salvar á esta familia. Excusando así mi impotencia con una acusación, aquellos á quienes yo ofrecía únicamente palabras de consuelo, maldecían conmigo á Mongenod. Aquellas maldiciones me aliviaban. Una mañana, en enero de 1816, mi criada me anunció... A ¿quién dice usted?... A Mongenod, al señor Mongenod... y veo entrar á su hermosa mujer, que entonces tenía treinta y seis años, acompañada de tres hijos; después Mongenod, más joven que cuando había partido, pues la riqueza y la felicidad extienden una aureola en torno de sus favorecidos. Había marchado delgado, pálido, amarillo y seco, y volvía gordo y colorado como un prevendado y muy bien vestido. Se arrojó en mis brazos, y al ver que le recibía friamente, me dijo por primeras palabras: Y ¿he podido acaso venir antes? Los mares sólo están libres desde 1815, y aun necesité dieciocho meses para realizar mi fortuna y arreglar mis negocios. ¡Amigo mío, al fin he vencido! Cuando recibí tu carta, en 1806, tomé inmediatamente un buque holandés para venir á traerte en persona una pequeña fortuna; pero la unión de Holanda al Imperio francés contribuyó á que me cogiesen los ingleses y á que fuese conducido á Jamaica, de donde me escapé por casualidad. De vuelta á New-York, me encontré víctima de las quiebras, pues en mi ausencia, Carlota no había sabido librarse de los tramposos. Venía, pues, obligado á comenzar de nuevo el edificio de mi fortuna. En fin, heos aquí de vuelta. Por la manera como te miran los niños, puedes adivinar que les hemos hablado con frecuencia del bienhechor de la familia. —¡Oh! sí, caba-

llero, dijo la hermosa señora Mongenod, no ha pasado un solo día que no nos hayamos acordado de usted. En todos los asuntos se hizo la parte que le correspondía á usted. Todos hemos aspirado á la dicha que tenemos en este momento de poder ofrecer á usted su fortuna, sin creer que este *diezmo del Señor* pueda nunca bastar para extinguir la deuda del agradecimiento. Al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, la señora Mongenod me entregó esa magnífica cajita que ve usted ahí, la cual contenía ciento cincuenta billetes de mil francos. —Has sufrido mucho, mi pobre Alain, ya lo sé; pero nosotros adivinábamos tus sufrimientos é hicimos cuanto pudimos para ver de hacer llegar dinero á tus manos, sin que pudiésemos lograrlo, repuso Mongenod. Ya me has dicho que no has podido casarte; pero aquí tienes á nuestra hija mayor, que está educada con la idea de llegar á ser tu mujer, y que tiene quinientos mil francos de dote... — ¡Dios me libre de hacerla desgraciada!... exclamé vivamente contemplando á aquella joven, que era tan hermosa como su madre cuando tenía su misma edad, y atrayéndola hacia mí para besarla en la frente. No tema usted, hija mía, le dije. ¡Un hombre de cincuenta años con una muchacha de diecisiete! ¡y un hombre tan feo como yo! ¡nunca! exclamé. — Señor, me dijo la joven, el bienhechor de mi padre no será nunca feo para mí. Estas palabras, dichas espontánea y candorosamente, me hicieron comprender que el relato de Mongenod era verdadero en todas sus partes, y, tendiéndole la mano, nos abrazamos de nuevo. —Amigo mío, yo también tengo que pedirte mil perdones, porque muchas veces te he censurado y maldecido... —Estabas en tu derecho, Alain, porque sufrías por causa mía, me respondió ruborizándose. Yo saqué de una carpeta el documento que poseía de Mongenod, se lo entregué y anulé la letra de cambio. Espero que almorzarán ustedes conmigo, dije á toda aquella familia. Sí, pero con la condición de que ven-

drá usted á hacer lo propio con nosotros tan pronto como estemos instalados, me dijo Mongenod. Llegamos ayer, y pienso comprar un palacio para abrir aquí una casa de banca para negociar con la América del Norte, asegurando así el porvenir de este mozo, dijo señalando á su hijo mayor, que tenía quince años. Pasamos juntos el resto del día y fuimos por la noche al teatro, pues Mongenod y su familia estaban sedientos de espectáculos. Al día siguiente invertí la suma que me había dado mi amigo en papel del Estado, reuniendo así una renta de quince mil francos. Esta fortuna me permitió dejar de llevar los libros por la noche y presentar la dimisión de mi empleo, con gran contento de los supernumerarios. Después de haber fundado la casa de banca Mongenod y Compañía, que obtuvo enormes ganancias en los primeros préstamos que hizo á la Restauración, mi amigo murió en 1827, á los sesenta y tres años. Su hija, que recibió más tarde un millón de dote, se casó con el vizconde de Fontaine. El hijo que usted conoce no está casado aún, y vive con su madre y con su hermano menor. En su casa obtenemos todas las sumas que podamos necesitar. Federico, pues su padre le había puesto mi nombre en América, Federico Mongenod es, á los treinta y siete años, uno de los banqueros más hábiles y más probos de París. No hace mucho tiempo que la señora Mongenod acabó por confesarme que había vendido sus cabellos por dos escudos para poder comprar pan. Da todos los años veinticuatro carretadas de leña, que yo distribuyo entre los desgraciados, por la media carretada que yo le envié en otro tiempo.

—Eso me explica sus relaciones con la casa Mongenod, dijo Godofredo, y su fortuna...

El buen hombre miró á Godofredo sonriéndose, siempre con la misma expresión de dulce malicia.

—Continúe usted, repuso Godofredo viendo, por la actitud del anciano, que aun no se lo había dicho todo.



—Este desenlace, mi querido Godofredo, me causó una profunda emoción. Si el hombre que tanto había sufrido, si mi amigo perdonó mi injusticia, yo no me la perdoné nunca.

—¡Oh! exclamó Godofredo.

—Resolví consagrar la parte supérflua de mis rentas, unos diez mil francos anuales, á actos razonados de caridad, repuso tranquilamente el señor Alain. Por aquel tiempo encontré á un juez del tribunal de primera instancia del Sena, llamado Popinot, á quien tuvimos la desgracia de perder hace tres años, el cual durante quince años ejerció la más activa caridad en el barrio Saint-Marcel. Junto con el venerable vicario de Notre-Dame y con la señora, proyectaron fundar la obra á que nosotros cooperamos, y que, desde 1825, ha producido secretamente muchos bienes. Esta obra encontró en la señora de la Chanterie un alma, pues á decir verdad, ella es el alma de esta empresa. El vicario supo hacernos más religiosos de lo que éramos en un principio, demostrándonos la necesidad de ser virtuosos nosotros mismos para poder inspirar virtud y para poder predicar con el ejemplo. Cuanto más hemos caminado por esta vía, más felices nos hemos considerado. El arrepentimiento que tuve por haber desconocido el corazón de mi amigo de la infancia, fué lo que me dió la idea de consagrar á los pobres, por mí mismo, la fortuna que me entregaba, y que yo acepté sin oposición, á pesar de la enorme suma que me devolvía á cambio de la que le había prestado, porque el destino que iba á darle lo conciliaba todo.

Este relato, hecho sin énfasis y con conmovedora ingenuidad en el acento, en el gesto y en la mirada, hubiese inspirado á Godofredo el deseo de entrar á formar parte de aquella noble y santa asociación, si su resolución de hacerlo no hubiese estado ya tomada.

—Conoce usted poco el mundo cuando siente usted tales escrúpulos por una cosa que seguramente no mortificaría á ninguna conciencia.

—No conozco más que á los desgraciados, respondió el buen hombre. No deseo gran cosa conocer un mundo donde se teme tan poco el juzgarse mal unos á otros. Son ya cerca de las doce y tengo que meditar aún mi capítulo de la *Imitación de Jesucristo*. Buenas noches.

Godofredo tomó la mano de aquel santo varón y se la estrechó con admiración.

—¿Puede usted contarme la historia de la señora de la Chanterie? le preguntó Godofredo.

—Es imposible sin su consentimiento, respondió el señor Alain, pues está relacionada con uno de los acontecimientos más terribles de la política imperial. Yo conocí á la señora por Bordín, que está en todos los secretos de su noble vida, y él fué, por decirlo así, el que me trajo á esta casa.

—De todos modos, repuso Godofredo, doy á usted las gracias por haberme contado su vida, que encierra grandes lecciones para mí.

—¿Sabe usted cuál es su moral?

—Dígame la usted, replicó Godofredo, porque acaso vea yo en ella cosa distinta de lo que usted ve.

—Pues bien, la moral que encierra es que el placer es un accidente y no el fin de la vida del cristiano, y que esto lo llegamos á comprender demasiado tarde, dijo el señor Alain.

—Y ¿qué sucede cuando uno llega á cristianizarse? preguntó Godofredo.

—Mire usted, dijo el buen hombre.

E indicó con el dedo á Godofredo una inscripción en letras de oro y en fónido negro, que el nuevo huésped no había podido ver, pues entraba por primera vez en el cuarto del anciano. Godofredo se volvió y leyó: TRANSIRE BENEFACIENDO.

—He aquí, hijo mío, la marcha que se da entonces á la vida. Esa es nuestra divisa. Si usted pasa á ser uno de los nuestros, ese será su único privilegio. Leemos ese consejo, que nos damos á nosotros mis-

mos, á todas horas, al levantarnos, al acostarnos, al vestirnos... ¡Ah! ¡si supiera usted los inmensos placeres que proporciona el cumplimiento de esa divisa!

—¿De qué clase?... preguntó Godofredo esperando nuevas revelaciones.

—En primer lugar, somos tan ricos como el barón de Nucingen... Pero la *Imitación de Jesucristo* nos prohíbe tener nada nuestro; no somos más que distribuidores, y siuviésemos un solo sentimiento de orgullo, ya no seríamos dignos de serlo. Eso ya no sería *transire benefaciendo*, sino que sería gozar con el pensamiento. El que fuese capaz de decirse, hinchando un poco las narices: «¡Yo desempeño el papel de Providencia!», como acaso hubiera usted podido pensar si hubiese usted estado en mi puesto esta mañana dando la vida á una familia, se convertiría en un Sardanápolo, en un malvado. Ninguno de esos señores piensa en sí cuando hace el bien; es preciso despojarse de toda vanidad, de todo orgullo, de todo amor propio, y eso, créalo usted, es bastante difícil.

Godofredo dió las buenas noches al señor Alain, y volvió á su habitación vivamente conmovido con aquel relato; pero su curiosidad quedó, más que satisfecha, irritada, pues la gran figura del cuadro que ofrecía aquella casa era la señora de la Chanterie. La vida de esta mujer tenía para él tanto precio, que su conocimiento era el único objeto de su permanencia en la posada de la Chanterie. Entreveía ya en la asociación de aquellas cinco personas una vasta empresa de caridad; pero pensaba en su heroína mucho más que en esta empresa.

El neófito pasó algunos días observando, mejor de lo que lo había hecho hasta entonces, á la gente escogida con quien vivía, y pasó á ser sujeto de un fenómeno moral que los filántropos modernos han desdeñado, sin duda por ignorancia. La esfera en que vivía ejercía una influencia positiva sobre Godofredo. La ley que rige á la naturaleza física relativa á la in-

fluencia de los medios atmosféricos en las condiciones de existencia de los seres que se desarrollan en dichos medios, rige igualmente en la naturaleza moral; de donde se deduce que la reunión de los condenados es uno de los mayores crímenes sociales, y que su aislamiento es una experiencia de éxito dudoso. Los condenados deben ser entregados á instituciones religiosas y rodeados de prodigios de bondad, en lugar de permanecer en medio de los milagros del mal. Para ello se puede esperar una completa adhesión por parte de la Iglesia; si envía misioneros al corazón de las naciones salvajes ó bárbaras, ¿con qué alegría no confiaría á sus órdenes religiosas la misión de recibir á los salvajes de la civilización para catequizarlos? Todo criminal es ateo, á veces sin saberlo él mismo. Godofredo encontró aquellas cinco personas dotadas de las cualidades que le exigían á él; todos eran modestos, sin vanidad, verdaderamente humildes y piadosos, y sin ninguna de esas pretensiones que constituyen la *devoción*, tomando este palabra en su acepción mala. Aquellas virtudes eran contagiosas, le entraron deseos de imitar á aquellos héroes desconocidos, y acabó por estudiar apasionadamente aquel libro que había empezado por despreciar. En quince días redujo la vida á la mayor sencillez, á lo que es realmente cuando se la considera desde el punto de vista llevado adonde nos lleva el espíritu religioso. En fin, su curiosidad, tan mundana al principio y excitada por tan vulgares motivos, se purificó, y si no renunció á ella, porque era difícil que dejase de tener interés por nada que concerniese á la señora de la Chanterie, mostró sin quererlo una discreción que no pasó desapercibida para aquellos hombres en quienes el espíritu divino había desarrollado una inaudita profundidad en las facultades, como les ocurre casi siempre á todos los religiosos. La concentración de las fuerzas morales, sea cualquiera el medio porque se lleve á cabo, centuplica su potencia.